

YO NO ELEGÍ A MARÍA

Yo no elegí a María. No lo intenté siquiera, no lo sentía. Pensé que no la necesitaba, que no me hacía falta. No sé bien cómo lo hizo, pero fue Ella la que me eligió a mí. Me sacó de mi rutina, de mis hábitos, de mis miedos.

Me abrazó por la espalda cuando yo no la buscaba. Me habló de una forma tan sencilla, en lo pequeño, en una imagen peregrina que no conocía, en tierra extraña. Me dirigió su palabra, esa que sólo se escucha con el corazón, no con los oídos, es una brisa suave que apenas se siente. Debí gritarme entonces, a su manera, porque yo estaba sordo. Me habló sin palabras, me abrazó con brazos de ángel.

Encendió un fuego dentro de mi alma, un fuego que yo desconocía. Me dijo que me quería sin yo saber lo que era el amor. Me eligió Ella, cuando yo no la había elegido. Pensé que me bastaba mi espalda para llevar las cargas. Y mis talentos y dones. Ella no era necesaria en mi vida. Sentía la vida desplegada a mis pies y pensaba que yo solo me valía. Ella sabía que solo no podría subir las cumbres y se quedó a mi lado. Permaneció junto a mí en forma de abrazo, de Virgen de madera. En mis manos se irguió con fuerza por encima de los vientos que llenaban de temor mis pasos. Calmó mis miedos e hizo surgir la esperanza.

Un día, al bajar de un monte, me quebré en llanto y dije que sí, que necesitaba su abrazo en mi espalda y su mano en la mía. Una canción refleja ese encuentro: «En el jardín oculto de tu belleza, allí donde las flores cubren la hierba. Allí donde descanso en ti, María. Allí donde las aguas calman mi herida. En el pozo profundo de tu agua pura, donde busca mi alma la paz sagrada. Allí donde yo vengo a ti María. Deja que en ti mi fuente tenga agua viva». Me adentré callado en su jardín sagrado. Con mis manos torpes, con mis pies ruidosos. Ella calmó mis voces y mis gritos. Y logró que mi canto fuera melodía tenue. Y me quedé con Ella. O Ella se quedó a mí prendida, mientras yo huía de mí mismo, de mis planes, de mi tierra. Se enraizó en mi alma con fe inamovible. Y quebró mis resistencias y negaciones. Se abalanzó sobre mí y detuvo mis prisas.

Padre Carlos Padilla (Shoenstatt)